

CONFESIONES DE UN CREYENTE

CATÓLICOS, agnósticos y ateos han descubierto su intimidad en la colección que publica la editorial francesa Grasset.

Y otras muchas casas editoriales nos brindan biografías interiores de todos los colores. Parece que nuestra época —que favorece poco la intimidad humana—, para compensar esta carencia, quiere radiografiar las conciencias de quienes escriben, hablan o juegan un papel en la sociedad.

A la escritora Simone de Beauvoir, a la novelista Mary Mac Carthy, al biólogo Jean Rostand, al evolucionista Julian Huxley o al físico y filósofo Bertrand Russell, podemos conocerlos por dentro porque nos han mostrado, sin complejo alguno, sus convicciones en materia religiosa. Todos ellos son ateos o agnósticos, a diferencia de los novelistas y ensayistas católicos P. H. Simon, L. Estang o F. Mauriac, que tampoco vacilaron en escribir, de cara al público, sus creencias y publicarlas bajo el expresivo título «Lo que yo creo».

Por supuesto, nadie se retrata mejor que con la actitud que adopta ante el problema básico del hombre actual: el problema de Dios.

Todos —altos o bajos, grandes o pequeños— tenemos que ser lo bastante sinceros para hacernos esa misma pregunta: ¿qué es lo que yo creo acerca de ello?

Y no pensemos que el creyente católico está exonerado de esta difícil tarea. No puede escudarse en la cómoda postura del que se remite a los clérigos y obispos, como si además de maestros fuesen los únicos poseedores de cualquier verdad siempre y en todo. Todo hombre —creyente o no creyente— tiene que saber lo que piensa en el fondo de su corazón, en su núcleo más íntimo: no le basta con repetir lo que malaprendió en el catecismo.

Hace unos pocos días, un periodista se hizo en público una pregunta que muchos se hacen sobre mí, y querían aclararla: ¿Miret Magdalena va a Misa?

Pero lo importante —contesto yo— no es tanto si uno va o no a Misa, sino por qué acude a ella o deja de hacerlo.

Y no me cabe la menor duda que esto depende de nuestra manera de plantear otra cuestión más profunda: el problema de Dios.

Por eso no tengo inconveniente —como no lo tuve en un Colegio Mayor Universitario hace unos días— en hablarlo con mis lectores, porque me considero en diálogo permanente con ellos.

Yo no soy de los que creen en el proselitismo; pero sí en la sinceridad con que cada uno descubre sus propias posturas, que no son sólo actitudes externas. Nuestras posturas son el conjunto de una idea y de una acción, en que ninguna de las dos tiene la primacía, sino que conviven en estrecho matrimonio. Por eso no pretendo —ni ahora ni nunca— hacer apologética con mis palabras, sino confesiones constantes, que se desarrollan como una espiral cónica, acercándose a un vértice que nunca se alcanza.

Y hoy —todavía más desnudamente que nunca— quiero hacer lo mismo, de cara a mis lectores. Voy a decirles lo que creo sobre Dios.

VAYA por delante una declaración de entrada: creo más en la conciencia que en la autoridad. Estoy convencido que nada se consigue acostumbrándose a adoptar la conformista postura de pensar con moldes impuestos: éstos deben ser conscientes y libremente elegidos. Y un católico debe hacerlo también, aunque le pase lo peor que puede ocurrirle: la incompreensión y el ataque de quienes tienen la misma etiqueta que él.

Yo sigo la antigua y tradicional doctrina que dice: «Si un hombre recibiera una orden del poder eclesial, contra su conciencia cierta, debería exponerse a la excomunión incluso, antes de incumplir lo que le dice su conciencia» (Santo Tomás, In. IV Sent. dist. 38). Y ésta es —para mí— la postura básica de un verdadero católico.

Por eso no tengo inconveniente —como tampoco debía tenerlo ningún católico— en decir lo que pienso sobre los temas más delicados.

Algunos —demasiados todavía— opinan que, ante este mundo ateo que se avecina, y que está en puertas ya, hemos de reforzar nuestros bastiones de autodefensa, con silogismos o con leyes: es lo mismo.

A Dios, ciertos católicos lo han pretendido defender con barreras legales o con parapetos racionales. Pero las barreras son hoy lo más parecido a la pretensión de un hombre que querría trasvasar a un cesto de mimbre el agua del mar: ineficaz procedimiento. Lo mismo que resultan las cadenas de silogismos para demostrar a Dios. Porque Dios no es ni una cosa que se nos puede escapar o arrebatar de las manos, ni una idea que aparece, por arte de magia, desenrollando el final del ovillo formado por nuestros razonamientos.

Y, sin embargo, yo pretendo —como todo ser verdaderamente humano— no dejarme arrastrar por mis ciegos impulsos sin usar de mi reflexión. Si

Dios no puede ser demostrado como un limpio teorema geométrico, Dios puede ser **mostrado**; incluso puesto a prueba, **probado**.

Esta era la educación que se daba en algún momento más inteligente que el de los manuales religiosos de nuestro bachillerato, o en nuestro seminario. Como lo recuerda el filósofo católico Etienne Gilson —el pensador católico tradicional más altamente reconocido en la Francia académica—: «antes se creía —dice— primeramente que Dios nos había hablado, y después se aseguraba uno de que, en efecto, Dios existe» («El filósofo y la teología»).

Si lo que llamamos Dios no nos habla, no nos dice nada, entonces: ¿de qué valen las demostraciones filosóficas, o pseudofilosóficas, que se nos suministran en los libros?

Es la misma pregunta que se hacen los hombres de nuestra época.

Lo importante es, por tanto, que descubramos algo positivo, constructivo, radicalmente superador en nuestras vidas. Si eso lo vivimos, ya hemos encontrado básicamente lo que los cristianos llamamos Dios. Yo, ciertamente, no he visto a Dios; yo sólo he visto hombres que luchan, se afanan y... a veces se aman. Y cuanto más en contacto estoy con ateos convencidos, les transmito lo mismo que yo pienso —que es lo que pensaba hace siglos San Agustín—: «me puedes decir con razón que no has visto a Dios; pero no me podrás decir que no has visto al hombre; ama, pues, al humano a quien ves, y verás también a Dios, pues verás el amor mismo, y dentro habita Dios».

Dios no es algo que, artificiosa o engañosamente, introducimos ahí; no metemos en esa experiencia del amor —en un juego mayúsculo de prestidigitación— al idólatrico Emperador del mundo, en que muchos creyentes han creído, y contra el que se revolvía el también filósofo Maritain.

Y si alguno me llamase ateo —lo mismo sea religioso que arreligioso el que me increpe— le diría: «te engañas si piensas que amando a tu hermano no amas a Dios, pues forzoso es que amando a tu hermano amas al amor mismo, y el amor es Dios» (Com. 1.ª Epístola S. Juan, S. Agustín).

Yo no hallo otro camino religioso para encontrar a Dios: «solamente en la relación humana entre yo y tú, podemos encontrar a Dios». Eso es lo que creo con Martín Buber, el profundo pensador judío de *El eclipse de Dios*. Un eclesialístico y filósofo —verdadero filósofo— se lo plantea del mismo modo: «el hombre en cuanto hombre, que vive en la presencia respetuosa y amorosa del otro, es en quien se hace presente el Absoluto» (prof. José Manzana, «Ateísmo contemporáneo»). Cuando me doy cuenta que tengo que construir un mundo nuevo, para que sea una realidad «el respeto a todo hombre» —que es lo que pedía San Pedro— Cuando no reduzco a los otros al nivel de cosas, o de instrumentos de mi capricho o de mi ventaja —cuando les trato y pido que se les trate como personas—, vive presente en mí algo absoluto y decisivo en mi vida, que me envuelve constructivamente. Vivo entonces el bien absoluto, vivo a Dios.

Creo convencidamente en el hombre, aunque no siempre en los hombres. Y creo que todo el que lucha por el bien de los otros, por una mayor justicia y una mejor convivencia entre los humanos, sin guerras ni discriminaciones —como no me cansaré de repetir— raciales, sociales, políticas, culturales o religiosas, «en virtud del dinamismo interno de su elección del bien por el único motivo de hacer el bien, quiere y ama el bien en sí como fin último de su existencia». Y éste que así lo hace —se llame creyente o no se lo llame— «conoce a Dios sin saberlo» (Maritain, «Búsqueda de Dios»). Y la conoce, no conceptualmente, sino de forma más existente, sin etiquetas ni títulos, en «un conocimiento radicalmente práctico... existencial» (Maritain, o. c.). Dios ya no será para él ningún impedimento para ser hombre, ninguna pantalla para no querer directamente a cualquier ser humano, ninguna alienación. Es un hecho real en la vida propia, liberador, que unos llaman de un modo y otros de manera distinta.

Yo soy también de los que no me hago ninguna cuestión bizantina con la problemática de la immanencia o de la trascendencia de Dios respecto al hombre; porque como el pensador cristiano Tillich, hoy —y ayer San Agustín—, creo que «Dios, por ser real, tiene que ser más íntimo a mí mismo que yo mismo; y más elevado que lo más alto», y en eso consiste su immanencia y trascendencia.

Aquella —la immanencia— consistirá en que este descubrimiento se hace precisamente en lo más íntimo de la experiencia moral humana, y no en el orden externo del mundo; y la otra —la trascendencia— en que eso se descubre en una profundidad elevadora, y no paralizadora o raquíticamente egoísta y centrada en uno mismo. Se comprueba el dicho de Pascal —repetido por

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

Pablo VI en la POPULORUM PROGRESSIO— de que «el hombre supera infinitamente al hombre». En él es donde se halla —en esa lucha por el bien de los otros— esa experiencia moral superadora, en la que «se ha encontrado con Dios, absolutamente lejano como abismo insondable; e irrevocablemente presente, como el rostro del hombre individual, concreto» (P. Manzana, «El ateísmo contemporáneo»).

Y pienso también como el Padre Louis Bouyer, que «la sola actividad de la inteligencia razonadora no puede llegar con seguridad a término si se aisla de una experiencia humana completa» («La Iniciación Cristiana»). Es en la experiencia integral del hombre como hombre donde se manifiesta lo absoluto en mi vida.

Pero pido coherencia para esta experiencia interpersonal, que es la experiencia moral, generosa, desprendida y abierta hacia una humanidad mejor.

En eso quiero ser tan minucioso, tan quisquilloso, incluso, como el mejor científico. Y nadie mejor que el famoso astrofísico Sir Edmund Whittaker ha expresado esto que exijo para mí mismo, y que exigen muchos ya en su creencia de Dios: «para un científico sus experiencias son un elemento primario, y sus concepciones científicas (como son los electrones o los genes) son el resultado de un esfuerzo por relacionar entre sí dichas experiencias, formando con ellas un conjunto ordenado y satisfactorio. Sin embargo, el científico no es el único orden posible: hay otros que producen resultados de coordinación tan satisfactorios... Dios es —por eso— el principio integrador que da coherencia a toda realidad, a las leyes científicas, a las creaciones artísticas y a las experiencias personales de carácter religioso que son auténticas» (Revista ENDEAVOUR, 1954).

Por eso mismo que Dios es el amor que da coherencia a todo, creo que más representativo de Dios que las cosas materiales, son los hechos transformadores, renovadores del mundo.

En ese rostro humano que trabaja, o lucha, con la mirada puesta en el futuro de los hombres, se manifiesta Dios; porque «el rostro del tú humano, es el rostro manifiesto de Dios» (profesor Manzana, o. c.). Y pienso con San Juan, como con los teólogos del Dios ha muerto, que el único visible amor y servicio a Dios es el amor y servicio al hombre.

Y no quiero ampararme en la Providencia para dejar de hacer lo que debo, que es entregarme a reconstruir o a crear, en pro de los hombres, este mundo demasiado salvaje, que ha estado a veces dominado por hombres religiosos. Porque creo que «quien quiera ser cristiano ha de saber que no ha de esperar de la religión ventaja alguna de orden temporal, que no conseguirá más éxito en lo que emprenda, y que no estará más resguardado, que el que no lo sea, de los accidentes o del sufrimiento» (A. Valeusin, «Catecismo para instruidos»). Me pregunto —como el tomista que fue el Padre Sertillanges, O. P.—: «¿se puede hablar —fuera del orden de la otra vida— de la paternidad de Dios? ¿O bien tiene uno que contentarse con hablar de la maternidad de la naturaleza?» («Le philosophie morale de Saint Thomas»). No creo que hay una providencia natural de tipo antropomórfico: sólo hay unas leyes de la naturaleza física, que están en manos del libre albedrío humano, y que es el hombre el que debe hacerlas verdaderamente providentes en este mundo.

Quisiera también ser yo «de aquellos que progresan escribiendo, y escriben progresando», y por este motivo me digo a mí mismo que cuando «hablamos de Dios, ¿qué extraño es que no lo comprendas?, porque si lo comprendes ya no es Dios». Nunca me puedo olvidar que «Dios es innominable» (San Agustín, Comentario Salmo 85).

Y al designar eso que todo hombre recto y justo persigue como algo absoluto en su vida, yo me digo que de algún modo es Dios. Pero quisiera, no obstante, ser de los que forman parte de la «gente inteligente que no se preocupa por los nombres», como decía Santo Tomás (Libro II Sent, III, 1, 1): «eso es lo que les pasó a los hebreos con el nombre innominado de Yahvé, porque a ellos y a todo creyente el Dios verdadero no da a conocer su nombre» (B. Couroyer, O. P., «Biblia de Jerusalén»).

Por eso me sobran algunos tomos de teología natural o filosofía, que quieren analizar por menudo lo que es Dios, y sólo suministran una figura deformada, a la pequeña altura de estrechas mentes, con toda suerte de atributos y cualidades imprecisas; en una palabra, no creo en ese Dios antropomórfico que deja insatisfecha mi inteligencia, como le pasó al filósofo y matemático católico Edouard Le Roy, ayer condenado y hoy revindicado, pues todos decimos lo mismo que él intentó expresar —con mayor o menor precisión— en su libro «Le problème de Dieu».

EDUARD CAPEK



Los viejos almacenes de herrajes o antigüedades atraen la atención de un turista, en Kafka. El turismo ha aumentado considerablemente en los últimos años.

CHECOSLOVAQUIA

(Viene de la página 25)

un joven de unos veinticinco años, director-presentador de grupos de jazz, le hemos oído decir: «No soy socialista, pero tampoco puro capitalista; me gusta un capitalismo progresista, como, por ejemplo, el de Estados Unidos». Hay, nos ha parecido, una gran ignorancia política entre parte de la juventud, lo que en un pueblo de tan elevado nivel cultural sólo puede explicarse por falta de interés. Y creemos que esta falta de interés tiene también una explicación. El pueblo checo se siente extremadamente orgulloso de su nacionalidad, pero no tanto de su revolución, debido, pensamos, a que en esta revolución él no ha tenido parte muy activa. Con la excepción de Eslovaquia y a pesar de episodios tan trágicos como la destrucción de Lidice, Checoslovaquia no desarrolló una resistencia especialmente activa frente a la ocupación alemana. Así, la revolución no fue, como por ejemplo en Yugoslavia, algo espontáneamente nacido a través de la toma de conciencia de un pueblo en lucha. Fue la actividad consciente de una minoría apoyada por el Ejército Rojo la que instauró el socialismo en Checoslovaquia no contra el pueblo, pero sí, en gran parte, sin el pueblo.

Puede que sea algo aventurado generalizar así, afirmando que desde el primer momento haya existido una falta de contacto entre el partido y la base popular, pero creemos que, hoy día, la sensación de que esa separación existe, llama poderosamente la atención del extranjero interesado por los problemas políticos del país. Parece ser un hecho que para el checo medio el Gobierno y el partido son un mítico «ellos» (y esto toma especial significado en la ciudad de Kafka, donde el Presidente de la República vive en su enorme —y bellísimo— castillo que domina Praga).

Esta separación, en gran parte también herencia, como en el resto de la

Europa socialista, de la era staliniana, puede haberse visto acentuada en los últimos años por la crisis económica que el país ha atravesado.

No se trata de una crítica —que no nos interesa ni hacer, ni no hacer— al socialismo como sistema, el denunciar los fallos de la planificación tal como ésta se ha aplicado efectivamente en los países de Europa Oriental. Estos fallos se relacionan sobre todo con la creciente complejidad de dirigir de una forma totalmente centralizada una economía a medida que su grado de desarrollo y su dependencia del comercio exterior se hacen mayores. Por ello, un sistema que hasta hace poco fue tan beneficioso para la Unión Soviética, y que quizá aún es útil a Rumania o a Bulgaria, no ha aportado tantos beneficios a una economía como la checa, que ya en 1948 tenía un elevado grado de desarrollo y de dependencia con el exterior.

Hoy Checoslovaquia se encuentra embarcada en una ambiciosa reforma económica, que se basa en una creciente racionalidad en el cálculo de los costes de producción, en un mayor peso del mercado —y a través de él de los consumidores— en la determinación de las prioridades económicas y en una mayor flexibilidad en el funcionamiento del aparato del comercio exterior. La reforma será dura y difícil, pero bajo su influencia, y bajo la mayor liberalización política que —con excepciones— parece estar ya en curso y que, sin duda, deberá acompañar a la puesta en marcha de una economía más flexible, es probable que el aspecto de Checoslovaquia cambie profundamente en los próximos años, acercándose a más confortables niveles de vida.

LUIS DE VELASCO RAMI
JUAN A. GARCIA DIEZ

Fotos: VITTORUGO CONTINO

(Prensalcór)